

REVISTA NACIONAL DE ARQUITECTURA

DIRECCIÓN GENERAL DE ARQUITECTURA • MINISTERIO DE LA GOBERNACIÓN
AÑO IV • NÚMERO 46 • OCTUBRE 1945 • MADRID

SUMARIO

Otra vez la "máquina de vivir", por *Manuel G. Cerezales*.

Iglesia parroquial de Miranda de Ebro (Segunda Medalla de la Exposición Nacional de Bellas Artes, año 1945). Arquitectos: *Ramón Aníbal Alvarez y Pablo Cantó*.

Colegio Mayor de Santa María del Buen Aire (Tercera Medalla de la Exposición Nacional de Bellas Artes, año 1945). Arquitecto: *Juan Talavera*.

Proyecto de viviendas en el paseo del Mar (Valencia). Arquitectos: *Manuel Román y Rafael Codes*.

HISPANOAMERICA

Jesuitas y Arquitectos, por *Guillermo Furlong, S. J.*

Reformas de la Iglesia del Salvador, por *Felipe Llerida, S. J.*; y Estructura de hormigón armado empleada en la consolidación de la Iglesia del Salvador, por *Juan A. Ottoboni*, Ingeniero.

Bibliografía y Noticiario.

OTRA VEZ LA "MAQUINA DE VIVIR"

Por *MANUEL G. CEREZALES*

Señílase el nombre de *Manuel González Cerezales* por su fina sensibilidad, por su agudeza crítica y el rigor documental con que auxilia la tesis que se propone. Puede calificarse a *González Cerezales* como uno de nuestros primeros ensayistas de las nuevas promociones literarias. Muestra de su talento es este artículo en el que estudia el problema humano de la "máquina de vivir".

Hace veinticinco años, el espíritu del hombre europeo, liberado de la angustia de cuatro años de guerra —la más extensa y sangrienta de las guerras hasta entonces conocidas—, se desbordó en un terrible impetu innovador, que alcanzó a todas las manifestaciones de la actividad humana, y muy especialmente a la creación artística. Aquella época de la postguerra nos ofrece, contemplada desde ahora, una imagen un tanto confusa. Las Artes buscaban caminos inéditos. Muchos artistas proclamaban ostensivamente sus descubrimientos. Entonces era difícil percibir lo que había de puro y sincero en aquel tumulto de escuelas y tendencias, bautizadas en su conjunto de "ismos", y separarlo de las intenciones turbias, de los gritos de los fracasados y de las ambiciones de los incapaces. Lo que es indudable es que de aquel movimiento efervescente ha quedado un sedimento, una lección: muchas experiencias aprovechables, positivas unas e incorporadas ya a la historia del arte; otras de signo negativo, que sirven al menos de aviso ante nuevas aventuras. La literatura, la música, las artes plásticas no pueden declarar infecunda la agitación producida en aquellos años; de ella le quedó, si no otra cosa, el aliento renovador y la depuración de fórmulas viejas, acartonadas, láguidas supervivencias de una época prescrita.

La arquitectura tuvo también sus revolucionarios. La técnica, aquí, cerraba el paso al insolvente que se plantaba audazmente en el dominio de las demás artes. Un pintor revolucionario, en el sentido menos noble de la palabra, puede hasta no ser un pintor. Un arquitecto, por muy atrevido y fantástico que quiera ser, es siempre un arquitecto, y no puede construir exclusivamente a cuenta de su imaginación. En aquella época, que nos parece tan distante, tan enormemente alejada por otra guerra más intensa y más terrible, Le Corbusier fué el representante, en la arquitectura, del viento innovador que soplaban sobre los espíritus. Su nombre fué el que alcanzó más popularidad, el que recordamos con más precisión los profanos. Le Corbusier se presentó de una manera viva, dramática, al campo de la discusión. Interesó en los problemas de la vivienda a muchas gentes que no sabían ni querían saber de los aspectos estéticos y científicos de la arquitectura. El dominó la casa "máquina de vivir". Complicó su estilo, su técnica con todas las cuestiones que interesan al hombre moderno. La política, la economía, el progreso social, todos los estímulos que lanzaron a las masas a una presencia activa en la vida de la Humanidad, participaban en las concepciones de Le Corbusier. En la nueva arquitectura, el funcionalismo era absoluto, atañía a la vida espiritual y material del hombre. Traspasaba los límites del "arte social"; era más ambiciosa, más generosa que la tendencia de los artistas que se dedicaban al servicio de ideales y fines ajenos al arte. Le Corbusier era un soñador, un filósofo, que quería hacer al hombre más feliz al liberarle de las grandes aglomeraciones urbanas, de las viviendas sórdidas sin aire y sin sol. Su plan consistía en que todos los hombres lograsen habitar en un hogar alegre donde vivir, trabajar y descansar. Francia, entonces, en plena embriaguez de la victoria, podía realizar este sueño. Esto creían el arquitecto y sus colaboradores. Pero la Francia vencedora, la Francia oficial, con su inmenso aparato burocrático y sus complicados trámites administrativos, se mostró indiferente a las fogosas expresiones de los nuevos métodos arquitectónicos que implicaban una nueva manera de vivir. Le Corbusier y sus secuaces se consideraron fracasados. Los resultados profesionales y técnicos de sus construcciones deben de estar suficientemente juzgados por los doctos en la materia. Después de la polémica inevitable que todo intento reformador lleva consigo, creo que se habrá restablecido el equilibrio entre las tendencias opuestas, reaccionaria y revolucionaria, y que las innovaciones de Le Corbusier habrán obtenido ya el beneplácito de las Academias. El hombre de la calle, el transeúnte más



(Continúa en la página 387)

BIBLIOGRAFIA Y NOTICIARIO

LIBROS

"Tratado de Calefacción y Ventilación de edificios".—Autores: H. Kaemper, M. Hottinger y W. Gonzenbach.—Editorial: Gustavo Gili, S. A. Barcelona, 1945.

Un libro que, como dicen los editores en el prólogo, no sólo han de conocer el médico y el higienista, sino también el arquitecto y el ingeniero, ya que en él se estudia la manera de proyectar las instalaciones de calefacción y ventilación, con las normas directrices para la elección, proyecto y organización, según sean los edificios a que se destinan.

Como el volumen expone infinitud de aspectos en este importante problema, todos los temas expuestos en diferentes capítulos ofrecen la mayor atención y el más vivo interés. Entre las variadas materias, "casos" y proyecciones de estas instalaciones tan de primerísima importancia en la construcción moderna de edificios, pueden enumerarse algunos temas como los siguientes: Efectos del aire en el organismo. Concepto higiénico de la ventilación. Fundamento fisiológico de la calefacción. De los distintos sistemas de calefacción. Combustibles. Técnica de las instalaciones de calefacción, ventilación y suministro de agua caliente en las distintas clases de edificios. Condiciones técnicas exigidas en las instalaciones según la clase de edificios. Temperatura de las habitaciones. Calefacción por estufas y calefacción central. Invernáculos. Camas calientes. Caldeo de vitrinas de flores. Humeación de la tierra y el aire. Sala de aparatos. Cocinas. Calefacción y ventilación de iglesias. Restaurantes, cafés, salones, casinos, etc. Edificios para grandes reuniones. Calefacción de museos. Grado de humedad del aire en las salas. Calefacción de estaciones y trenes. Calefacción en los mataderos. Establecimientos penitenciarios. Depósitos de cadáveres, crematorios, etc. En fin, toda la gama infinita que pueda ofrecer la característica de cada edificio y de cada instalación, adecuada a un sistema de higiene y condiciones diferentes. Los temas están tratados con la competencia y garantía que merecen los autores, ingenieros que desempeñan, respectivamente, cargos de tanta importancia como son los de consejero de Obras Públicas del Municipio de Dortmund, por parte del Sr. Kaemper, y los de profesor de Calefacción y Ventilación de la Escuela Politécnica de Zurich y profesor de Higiene de la misma Escuela, por parte de los Sres. Hottinger y Gonzenbach.

La traducción del libro está hecha puleramente por D. Rafael Hernández Jiménez, ingeniero industrial.

Insertados entre las páginas de la obra se publican numerosos fotografiados, diseños y tablas indicadoras para comparación de sistemas y gastos.

Libro de gran necesidad para la construcción en la técnica moderna de los edificios públicos y privados.

"Le Meuble" ("La tradition Française").—Colección dirigida por André Lejard.—Edición: Du Chêne.—París, 1941. Plaza Vendôme, 16.

Preciosa edición, presentada con gusto exquisito, y en la que se hace una exposición muy completa del mueble francés, como complemento indispensable en toda decoración de edificios y casas. Cada cometido o parte ornamental del mueble está abordado de un modo acertadísimo en diferentes capítulos, firmados por nombres de garantía y prestigio absolutos.

He aquí algunos capítulos del libro: "El material", por Jacques Riedberger, arquitecto D. P. L. "La técnica", por A. Romanet, ebanista. "Tapizado del mueble", por Max Terrier, del Museo Carnavalet. "Artesanos del pasado. Los mejores ebanistas del siglo XVIII", por Pierre Verlet, del Museo del Louvre. "Origen, transformación y evolución del mueble francés desde el siglo XV al XX", por Gislaire Iver. "El mueble moderno", por René Chavance. "Decorados modernos", por B. Champigneulle. "El mueble francés y su influencia en el extranjero", por G. Vedrás, etc.

Cada capítulo, con su diferente tema, va acompañado de ilustraciones adecuadas al asunto tratado.

En conjunto, toda la obra ofrece una gran profusión de láminas, en las que se reproducen, con magníficos fotografiados, muebles en toda su evolución histórica de estilos, hasta desembocar en el mueble actual. Momentos de construcción y artesanía también son expuestos en bellas fotografiados. Algunas reproducciones de interiores y muebles están realizadas magníficamente a todo color.

Libro muy preciso para el conocimiento evolutivo del mueble francés y de su importante cometido en su conjunto como objeto ornamental en los estilos arquitectónicos y ornamentales.

REVISTAS

"Construcciones".

La revista de la Federación Nacional de Aparejadores, en el número 4, correspondiente al mes del próximo pasado mes de julio, publica el siguiente sumario:

"A los Aparejadores españoles", por el presidente de la Federación, Blas Sanz de la Mata.

"Hace noventa años".

OTRA VEZ LA "MAQUINA DE VIVIR"

(Viene de la página 357)

sencillo y desinteresado, puede advertir la influencia del arquitecto suizo en numerosos edificios modernos. Acaso el mismo Le Corbusier reniegue de esta paternidad ligeramente atribuida a sus teorías; pero las huellas ahí están... Esto, sin embargo, no es el triunfo...

Le Corbusier no ha renunciado a su ambicioso programa. En un libro suyo, recientemente traducido al castellano, este hombre apasionado de su noble profesión, insiste con la misma fe y el mismo ardor de antaño en la exposición de sus proyectos grandiosos. Han pasado más de veinte años. Entonces el arquitecto pretendía aprovechar las energías de Francia, que acababa de ganar la guerra. Después, 1941, vislumbra una nueva coyuntura: la Francia en derrota, las fuerzas que se pueden extraer de un anhelo de resurgimiento: "Ha llegado la hora de construir". ¿Qué mejor ocasión para edificar que un panorama en ruinas?

Este libro de Le Corbusier tiene ya el aire de un texto oficial. Su léxico no nos alarma. El tono cortante, incisivo, de las explicaciones de sus diseños nos parece impróprio, innecesario, para aceptar de buen grado los pensamientos del maestro. Si esta postguerra presentase la turbada fisonomía de la otra, Le Corbusier sería calificado de anticuado. Pero en esta postguerra, el terror hacia el porvenir limita en la inteligencia del hombre la propensión a la aventura y la mantiene más respetuosa con las conquistas del pasado. La "máquina de vivir" representa ya un estilo; acaso no un estilo definitivo, catalogado, sino más bien la aportación a un estilo todavía no resuelto.

¿Debe hablarse realmente de una nueva arquitectura? El título del primer libro de Le Corbusier: "Hacia una Arquitectura", puede definir la época presente. Época de transición, de transformación, en la cual el espíritu permanece indeciso y alerta. El gusto moderno frente a los sistemas arquitectónicos sintoniza con esta incertidumbre esperanzada que caracteriza el momento. El románico ejerce una atracción creciente sobre el espíritu de las gentes, con perjuicio de la seducción del gótico. El turista menos aficionado busca con ahínco los monumentos románicos, y no por seguir una corriente impuesta, sino porque en su contemplación se emociona más, y desdela el gótico, más fácil al entendimiento por su perfección, por su proximidad, por su mayor riqueza expresiva. Está más acorde con el arte moderno la indecisión del románico, lo que en él hay de balbuceo, de aspiración a formas superiores, que las logradas y definitivas construcciones del gótico. El hombre busca acomodar su espíritu en un clima propicio, en una atmósfera en la cual pueda respirar profundamente. El hombre de hoy rinde culto al románico porque en él se ve como en un espejo misterioso que le devuelve imágenes y gestos de sí mismo.

Le Corbusier, con sus construcciones airoosas, en las que ofrece al hombre constante y amoroso contacto con la naturaleza, no ha creado probablemente un estilo. Su nombre no servirá para nombrar una época; pero quedará dentro de esta época como un esfuerzo considerable en favor de la nueva arquitectura que deberá coronar el período de mudanzas de la vida contemporánea. Y quedará también como un ejemplo de fe en su obra y de confianza en sí mismo. No puede menos de admirar ver a un hombre que entra en los linderos de la vejez alimentando la llama de sus sueños juveniles, indiferentes al peso de la gloria.